



## CAPÍTULO 4

Volver a la escuela tiene su lado bueno. Sobre todo, porque ves a tus amigos. Si creciste y tenés suerte, te compran zapatos o mochila. Yo heredo todas las cosas de mi primo que no sé cómo hace, me las pasa impecables.

—Como nuevas —dice mamá cuando le agradece a mi tía.

El primer día de clase Gaby, la nueva maestra, nos dio la lista de útiles. Después, me parece que hizo un repaso de Matemática. Digo “me parece” porque —debo confesar— yo no presté atención. Estaba pensando en los pajaritos. Bueno, más que en los pajaritos pensaba en un sólo pájaro, en Pericles, obvio. En eso, la señorita Gaby hizo la pregunta infaltable:

—“¿Entendieron chicos?”

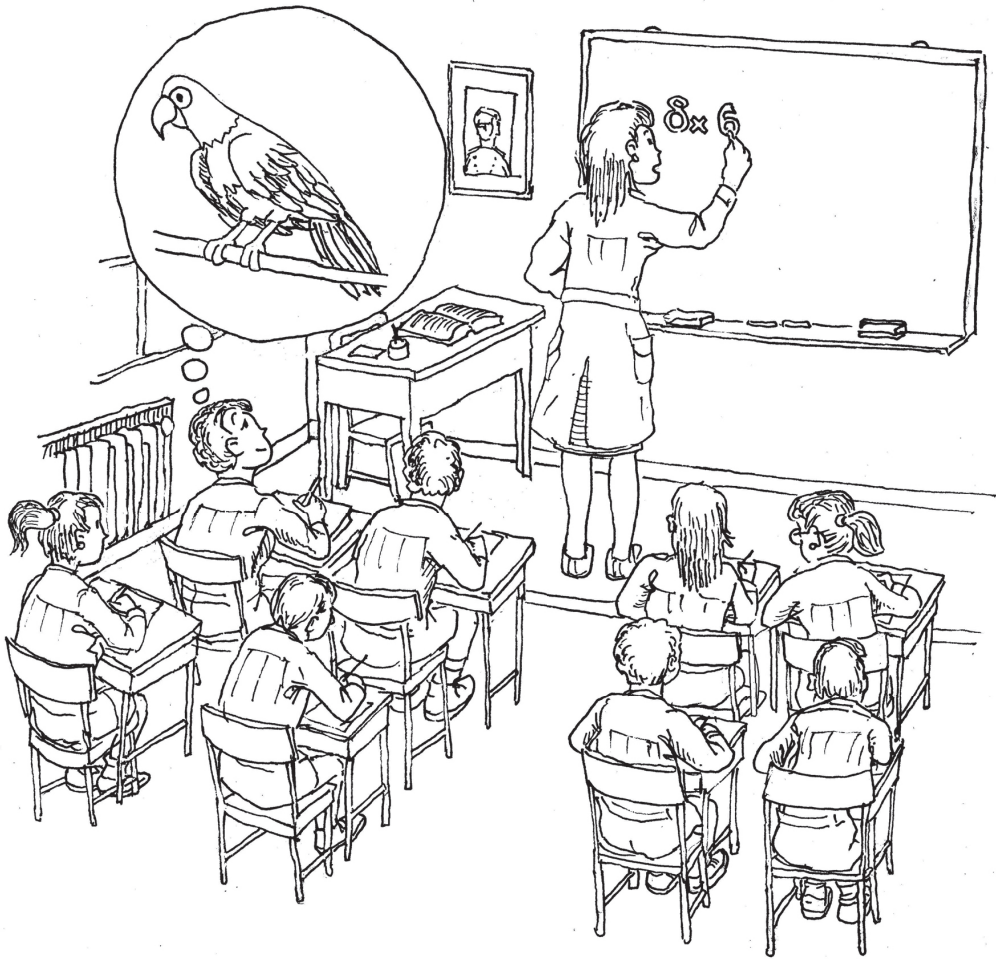
—¡Sí señorita! —contestaron mis compañeros.

—A ver... este chico... ¿Cómo te llamás? —me preguntó Gaby clavando sus ojos en los míos.

—Felipe —susurré.

—Ah, sí cierto, Felipe —recordó—. Decime... ¿Vos entendiste? —me preguntó dubitativa.

Hubo un prolongado silencio. Sentí que me derretía como un helado. Al rato, le dije la verdad:



—Seño... Extraño a mi loro. ¿Lo puedo traer mañana a la escuela?

Hubo una carcajada general. Cuando las risas se calmaron la maestra me habló clarito:

—¡Qué idea! ¿Cómo se te ocurre traer un loro a la escuela? Imaginate Felipe, si cada alumno trajera su mascota a clase. ¡Imposible!



En casa, a la hora de la cena papá nos preguntó cómo nos había ido en el primer día de clases.

–Bien –respondí–. Tenemos maestra nueva. Es linda y buena. Pero... me hubiera gustado llevar a Pericles.

–¡Qué idea Felipe! –dijo papá entre risas.

–Qué idea –pensé yo–. Papá había dicho las mismas palabras que la señorita Gaby–. Sí–. Seguí pensando–, claro que era una idea, una idea genial.

Mamá también intervino en la conversación:

–Imaginate Felipe, un loro volando de aula en aula. Los alumnos se distraerían y los maestros no podrían dar clase. No Felipe, llevar un loro a la escuela es imposible.

“Imposible”: esa era otra palabra que había dicho mi maestra. Tal vez mamá, papá y la maestra tenían algo de razón, pero para mí en ese momento lo que me resultaba imposible era dejar a Pericles tantas horas solito en el patio de mi casa.

Seguí comiendo la milanesa en silencio. Alguna idea se me iba a ocurrir. Minutos después, cuando le di el primer mordiscón a la banana, me vino la idea a la cabeza.



Desperté al día siguiente con el beso de mamá. El dulce beso de mamá. Lástima que enseguida le agarró el apuro.

–Vamos Felipe, ligerito que tu papá quiere dejarlos en la escuela antes de ir a su trabajo. ¿Tenés todo preparado?